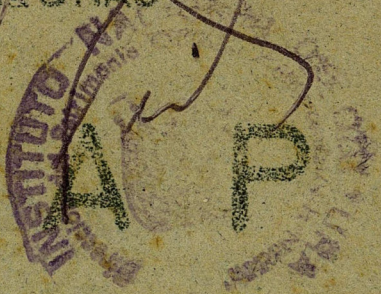


INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA
DEPARTAMENTAL AMAZONAS

M. Blo...
K U E L A P



49



PRESENTACION

El Instituto Nacional de Cultura Departamental Amazonas en su Boletín N°-52, brinda nuevamente a sus amables lectores un nuevo aporte cultural del profesor Herbert Reina Zegarra, sobre materia cuentística, bajo la denominación general "La Dama del Cochecito", que es una reminiscencia desde su etapa infantil hasta los inicios de su edad juvenil; en el se destaca una narración lineal y la utilización de la fragmentación en el relato de sus últimos cuentos. Además incluimos el discurso que pronunciara el 15 de marzo del año en curso en la oficina Departamental de Acción Católica.

Hebert Reina Zegarra (1,48) nació en la provincia de Chachapoyas. Su educación primaria lo hizo en el colegio Seminario de "Jesús María" su secundaria trascurrió en la vieja casona San Juanista, sus estudios superiores lo llevó a cabo en la Universidad Nacional de Trujillo graduándose en la especialidad de "Lengua y Literatura", en 1,972, cuando paso a las aulas bolivarianas fue jefe de redacción de la revista del Centro de Estudiantes de Lengua y Literatura. Debido a su impulso renovador nació los siete números de sus llamados "Cuadernos de Divulgación", y ahora nos entrega once cuentos que hablan de su finísima calidad estética y humana.

Chachapoyas, Marzo de 1,985.

MC/ B
C-353.485
INC FAm52

¿EXISTE LITERATURA EN AMAZONAS?

Por: Hebert Reina Z.



Acaso somos un pueblo que se ha quedado en la perpetua aurora de los tiempos, en una alborada detenida, congelada, como si el tiempo fuese testigo omnisciente, para no darnos cuenta de lo que sucede en nuestra realidad. Esta realidad que no está tan domesticada, como lo puede estar otros pueblos del mundo. Poseemos, nadie puede dudarlo, una riquísima tradición oral, llena de infinita complejidad de matices y resonancias, de riqueza textual y conceptual que podría tener toda una historia viviente. Si a ello, agregamos, el profundo amor por la tierra que nos vio nacer; incurso en la problemática del ser humano, entendidas éstas como entes superiores de la creación.

Una nueva y pujante literatura narrará la vía crucis del hombre del campo y de la ciudad, con crudo realismo y hondura psicológica, envueltos en un halo de romanticismo y de escepticismo; buscando siempre una explicación dialéctica de los hechos y de la sociedad misma.

Quizás podríamos decir, que no tenemos una personalidad histórica definida, o es que el improntus histórico se está labrando cada día; a fuerza de comprender que la libertad, la justicia y el bienestar común no es una dádiva de ningún partido político; sino una lucha gigantesca de pervivencia, para alcanzar los antiquísimos sueños de aquel hombre que se reunía, en la noche de los tiempos, alrededor del fuego sagrado para inventar o recrear una realidad más sustantiva, más coherente, más dinámica de sus deseos oníricos.

Cuando se imaginaba un mundo nuevo en las profundidades de su ser; cuando trataba de explicar lo

racional o mágico de su atormentado ego; tratando vanamente de hilvanar los hilos invisibles de su mísera existencia.

De esta relación amorfa y contradictoria y adúlterina con la realidad, nació el fascinante mundo del escritor. Que la magistral pluma de Bryce Echenique, definiría al arte como: "... una actividad contra natura y, lo que es más una actividad monstrosa. El escritor resulta para mí, decía Bryce, un amante del artificio y un monstruo, al mismo tiempo... Es también una especie de vampiro que viola y chupa la sangre de los seres que va encontrando en su camino, puesto que todo lo que ha observado lo utilizará tarde o temprano en sus libros." Y si contraponemos a esta concepción del arte, lo que aseveraba Manuel Scorza, diríamos como él.

"... la literatura es el único territorio libre en América Latina, es decir, ha conseguido liberarse del sistema opresor y puede expresarse con cierta libertad. "Lo que hace pensar que la creación literaria está envuelta en un aura de divinidad y de santización; tiene de ángel y de demonio; vislumbrando, a veces, la luz y las tinieblas; la felicidad y la infelicidad; describiendo el amor en su plenitud y el torbellino de las grandes pasiones. Por eso, al negarse a sí misma, estaba contribuyendo a forjarse un sitio preferencial en el orbe.

La Literatura Amazonense debe situarse en un contexto general de la Literatura Peruana. Sólo, así, podremos juzgar sus aportes. Y ahora, que me estoy refiriendo a este importante tema, podríamos seleccionar algunos hombres de letras, como el poeta Hernández, autor del celeberrimo "Canto al Amazonas", de un aliento lírico, pocas veces escuchado en nuestro medio; quien lo haya leído sentirá el hechizo y el magnetismo de su verbo hecho carne; a don Francisco Izquierdo Ríos, cuentista notable y ensayista de polendas. Quien con su obra "Muyuna", es uno de los primeros en introducir al paisaje y a los personajes del-

departamento; pintándolos magistralmente; utilizando para ello una técnica novedosa para aquella época. El aporte innegable del Dr. Carlos M. Chiriboga, creador de "Violación y Siete Cuentos Más", en la que da una impresionante visión del destino del hombre; ejemplifica el delito sexual; narra el mundo social de las autoridades locales; en pocas palabras, nos hace vivir la desventura de Pascuala Julián.

Y esta pequeña obra, que llegará a vuestras manos, aborda el mundo infantil, deteniéndose a veces en la adolescencia y llegando con virilidad al mundo enigmático de la juventud. Dejad, dignísima concurrencia, que la propia obra forje su propio destino, que se yerga como una columna de mármol; como un acero templado; que tenga al mismo tiempo la astucia de la sierpe y la prudencia de la paloma; que encienda el corazón de los hombres bienaventurados y sea la llamarada de tiempos nuevos. Son ustedes los llamados, a ser los mejores jueces de la imparcialidad, de la honestidad, del altruismo y de generosidad. Este será el bautismo de fuego. La exorcización absoluta. Y siguiendo el tono profético de Giovanni Papini en su "Juicio Universal", diríamos, esta noche:

"Desaparecieron los astros y ha terminado, por ello, el alterno sucederse de los días y de las noches. El tiempo ya no es mensurable; se ha dispersado de nuevo la eternidad. El juicio ha comenzado. Quizás hace una hora, quizás hace siglos. "Mushísimas gracias; por haber tenido la amabilidad de escucharme en esta noche inolvidable.

DON ELEUTERIO

En un lejano pueblo de la Sierra, está Chachapoyas, como un puñal ensangrentado, en las entrañas - mismas del contrafuerte andino. Donde la voz del - pueblo es el trueno y el llanto de los niños es la lluvia torrenciosa. El aguacero caía, lastimándose, en el empedrado, el granizo alborotado se tendía como un manto blanco, en el rostro m acilento de la ciudad.

Lo vi pasar por el Jirón Amazonas, su magra figura y su lento andar, llamaba la atención de todos. Mi padre con un gesto preocupado y serio me dijo:

- ¡ Ahí pasa don Eleuterio.....!

Vestía un terno azul marino y un sombrero de paño oscuro, sus cabellos eran plateados, y la severidad de su mirada, infundían un profundo respeto.

Lo recuerdo, como si fuera ayer, como un persona je huesudo, de penetrante mirada y de ágil razonamiento. Cuando un libro de ciencias llegaba a sus manos, éstas temblaban de emoción, sus ojos adquirían un nuevo brillo y su voz se entrecortaba. El pizarrón se convertía en un verdadero campo de batalla. Absortos seguíamos sus enérgicos movimientos; su mirada hierática dominaba el aula; había un silencio espartano. - Ahí, estaba imponiendo su autoridad catedralicia, bizantina, socrática.

De su honorable persona, se dirán muchas cosas, en la posteridad. Que tenía un carácter fuerte y duro. Otros, atestiguarán una refinada ironía, su buen sentido del humor; pero nadie le regateará en el futuro el acero templado de su inquebrantable personalidad.

Cierta vez, un apenado padre de familia, quiso pasar por alto, la sagrada pereza de su hijo; obse--

quiándole para ello un vanidoso pavo. Este animahillo se burlaba del vecindario, armaba líos a todo instante. Era pechugóm, soez, majadero y buscapleitos.

Cuando el jurado, terminó con su delicada misión, se vio salir de la vieja casona, a un buen grupo de profesores. El meditabundo campesino, se le acercó con disimulo, para preguntarle sobre el rendimiento de su vástago.

El anciano profesor no perdió la calma, siguió caminando con pasos cortos, se acomodó el saco, limpió su sombrero; y en un tono muy amable le dijo:

-...su hijo ha sido desaprobado por su eterna pereza.

El bullan guero y pícaro pavuelo regresó, sin ver cortada su enhiesta cabeza, al lugar de su querencia.

Cuentan las promociones anteriores, que un puñado de audaces sanjuanistas, se habían aprovechado, ilícitamente, de la prueba de Trigonometría. Al amparo de una noche muy oscura, se escurrieron los estudiantes, se deslizaron como felinos por la Iglesia de la Merced; llevando consigo una pequeña linterna y una soga. Nunca se vió a ningún alpinista, en semejante hazaña. Llegaron al campanario, tabernáculo de la tentación, sin hacer mucho ruido; con una habilidad de roedores perseguidos y con un tacto de murciélagos humanos, al poco instante estaban tocando piso, llenos de susto y sudando copiosamente, se sacaron los zapatos, para no despertar al portero, fueron caminando en puntillas hasta llegar a la Dirección del Plantel; calcularon la altura, y uno de ellos, se subió a las esplaldas de sus amigos; se agarró, fuertemente, de la madera; entró sigilosamente; en el primer rompecabezas de siempre, con cierto temblor en las manos la cogió; y salieron, tan rápido, aprovechando la complicidad de esa noche.

La última evaluación era para muchos su salvación; para otros simplemente, era recibir medallas de latón y diplomas de dudosa procedencia. Lo sabían al dedillo

de pies a cabeza; imposible pensar en un nuevo fracaso o morir de vergüenza en la clausura. Por eso, llegaron muy temprano al colegio. Los amplios corredores miraban con estupor a los alumnos; las paredes bostezaban de hastío; las carpetas soportaban el peso de su vida rutinaria.

El maestro miró, atentamente, las facciones de cada uno de sus discípulos. En silencio clerical reinó en el corredor; la atmósfera se volvía tiranizante. Todos se miraban perplejos. Alguien había soltado el soplo, pero a estas alturas, pero a estas alturas y en estas circunstancias, nadie lo creería. Una actitud como esta significaba, llanamente, ir a la cloaca y al eterno fuego del mes de marzo. El ochentaicinco -- por ciento del alumnado mordió la lona. Un auténtico knock-out educativo. Se había estrellado con la sagacidad, con la experiencia, con la honestidad de un profesional, pocas veces visto por estos lares. Así pasó por el mundo, éste matemático puro, éste paladín de los números; éste Pitágoras amazonense.

----- ● -----

MI AMIGO ALFONSO

Los perros aullaban tristemente. Las gallinas se alborotaban sin razón aparente. Las moscas azules emitían un zumbido desacostumbrado. Las puertas crujián y los espejos se rompían sin motivo.

Los recuerdos están muy frescos, muy cercanos, muy latentes, muy presentes aún, y por esta razón no puedo olvidarme de él.

Su pelo ensortijado, sus vivarachos ojos negros y su aguda inteligencia, hacían de él un alumno brillante, excepcional. Travieso como un rayo, alegre como un aguilucho y servicial como nadie en este mundo.

En mis horas de insomnio he conversado con él y hasta ahora me resisto a creer, que nos haya abandonado; la muerte es la negación de la vida misma; la muerte es el fuego premeditado de los dioses un traspié de la raza humana.

En el patio el fuego hablaba su lenguaje milenaria; alzaba sus enrojecidos dedos, fruccia su iracundo rostro para indicarme su cálida bienvenida ;.

Un día llegó al salón de clases muy triste y pensativo. Embebido como estaba en la lectura de "Los perros hambrientos"; no me había dado cuenta que un grupo de alumnos lo estaban socorriendo; unos le sujetaban fuertemente de los brazos y otros hacían supremos esfuerzos para colocarle un pañuelo en la boca; lentamente se recuperaba, su rostro tenía la palidez de un cadáver, volvía de un largo viaje, quizás colgándose de una estrella fugaz, cansado y abatido de un sueño sin límites. Al poco tiempo abandonó sus estudios, rehuía de sus compañeros de clase, tal vez se sentía sin fuerzas para doblegar a la enfermedad, para terminsr sus estudios, no sé. Trataba de darle ánimo y confianza en sí mismo; a veces me

escucha en silencio. Y en el transcurso de nuestra conversación, ya en un tono de mayor afecto y comprensión, me contó que había visitado a un brujo, a un curandero para saber a ciencia cierta su dolorosa y misteriosa dolencia. Mucho se reía al relatarme aquellos sucesos. Su familia lo tenía como desaparecido y algunas veces creyó que realmente se había muerto; y algunos parientes habían tenido la osadía de celebrarle una misa de cuerpo presente. El Taita Elijías, famoso hechicero de nuestra región, pronosticó "mal del viejo", adquirido en una excursión a las ruinas de Chipuric.

El "mal del viejo" se ensaña con todas las personas sin importarles su edad, con los niños o con los ancianos, que no están suficientemente preparados para entrar a las entrañas mismas de la madre tierra.

Los enfermos, revisando su vademécum, decían de vómitos y diarreas; los galenos, venidos de otros continentes, hablaban de una depresión síquica incurable; las "curiosas del pueblo", jugando con sus desasidas barajas, afirmaban que se trataba de espanto y de una adolescencia precoz.

En el tiempo de la huelga magisterial, cuando los maestros eran subrogados y perseguidos.

Len encontré repartiendo comunicados clandestinos; escribiendo proclamas incendiarias; improvisando discursos; viajando de incógnita.

Al otro día estaba detenido; al siguiente día, nuevamente, proseguía con su labor proselitista; tenía el cuerpo amoratado y los dedos hinchados. Sus familiares, conmovidos hasta el tuétano, le rogaban en un tono suplicante: ¡Alfonso, no metas en política, cualquier día acaban contigo! Al cual respondía en tono enérgico y amargo: ¡Lo mismo me dá morir hoy o mañana!..

Ahora, me doy cuenta, por qué el fuego divino llo

raba como un niño abandonado; por qué gemía como un anciano desconsolado; por qué no nos transmitía su acostumbrada alegría, su radiante felicidad.

Dicen mis abuelos, que cuando van a morir las personas, estas van recorriendo los lugares que en vida conocieron. Se estaba despidiendo de nosotros, y no lo entendíamos.

LOS CAMINANTES

Los caminos no tienen fin, los caminos no fueron hechos por el hombre ya existían antes de él; misteriosas manos y aliento divino impregnaron las primeras huellas. Pasos celestiales antecedieron a las nuestras. El hombre siguió las huellas milenarias que otros habían dejado.

Los recuerdos se convierten en llama viva el grito desesperado, el dolor mismo. La lluvia golpea sin clemencia, los rostros de los caminantes, dejando surcos de dolor; el granizo rebota de los desilchados sombreros, muerde los cascos de los caballos, tiraniza el pajonal. El viento gemía, lastimeramente pero a veces se tornaba furioso, entonces hacía retroceder a hombres y bestias.

Los niños lloraban de tanta soledad, de tanto caminar, sin descanso, de tanta orfandad. Asidos de las colas de los rumiantes, se lograba burlar el viento, el frío, la humedad, el tormento de viajar solo y derrotar el granizo de las punas. Las perlas del sudor se resbalan, perezosamente, por las caras curtidas de los caminantes.

La altura de los pajonales no es peligroso, si el hombre se impone a ella. Descansar lo necesario; digerir los pocos alimentos que se lleva; soñar despierto con la fama, con la grandeza, con el dinero; soñar con el estómago vacío, sabiendo que no encontramos la paz bíblica, ni la tierra prometida. Empren -

der el viaje sin retorno, viajar sin una meta fija.

El caminante no ha podido borrar de su mente, estos hechos, por más esfuerzo que haga de su parte. Esos maravillosos carnavales. Lluvia y amor transportados en las alas mágicas del amor, alegría y pasión enredadas como una delicada hiedra, serpentinadas de color y mujeres sonriendo a la vida placentera, globos y sexo asediándose continuamente, ritmo de caderas frenéticas y sonrisas celestiales en una noche inolvidable.

Había escuchado, mencionar, alguna vez: ¡Qué la juventud era pasajera, una ilusión! Pamplinas se decía. Cada año, se repetía con mayor ímpetu las fiestas carnestolendas. Los cuatro barrios se hacían una competencia inaudita.

Su majestad era más codiciada que el oro de Minas o más que el tesoro de Penélope. Ahí, estaban los chalanes vestidos de trajes impecables y los corceles adornados con plata, traídos desde los distintos confines de la tierra.

La carrera de cintas iba a empezar. Estaba seguro de ganar la competencia. Quince días, antes de la fecha señalada por el Municipio, se había preparado como un gallo de pelea, a pesar de su débil contextura, como un legendario boxeador chino para aspirar el ansiado trofeo.

Recuerdas, como te brillaban los ojos, cuando unas cuantas monedas te caían a los bolsillos.

Entonces ya no pensabas en tu destino de paria; olvidabas tu miserable existencia, tu hambre, tu ir y venir descalzo por las cordilleras inhóspitas. No había más dinero en tus mugrientos bolsillos de gitano vagabundo, cazador de estrellas. Dinero, festín de buitres, siempre dinero. Mil rostros de la avaricia humana.

Claro está que tuvo que madrugar, ganarle al día observar cuando las estrellas temblaban de frío en el firmamento, o adelantarse a los ojos quisquichosos de los vecinos, para acostumbrarse y adiestrar al brioso animal. Que según los entendidos en la materia, era de pura sangre, rebelde e indomable como el sol.

Tenía la estampa de los cabellos beduinos, sus cascotes estaban protegidos por acero salmantino y tenía los sueños fantasiosos de un Pegaso.

Los nuevos jinetes partieron de la meta como dardos punzantes tras la presa, y cada uno de ellos llevaba una delgada varilla, con la que debía dar en el blanco de alguna de las argollas colgantes.

Los seis primeros dieron una vuelta a la plaza, sin coger una sola de ellas. El público impaciente exclamaba en un tono furioso: ¡Pero si esto es el colmo! Venir tan temprano para no ver nada. Nos están tomando el pelo. Ya verán. Y una voz, no identificada, decía: ¡ Son una cáfila de huevones!

Los últimos que quedaron, ya venían compitiendo varias veces juntos. Se medían uno al otro. Sintiendo todo el peso de la responsabilidad. Pasaron a todo galope. Las cintas de agua se agitaban al compás del viento, y fueron arrancadas de su sitio. Un fuerte aplauso premió tan noble acción.

Los pueblos te recibían con vítores, con alegría, con sus rostros felices. Los niños se arremolinaban para verte. Las mujeres te saludaban con aprecio. Sabían que traías el sustento diario. La comida de los pobres, el pan de los descamisados. Fuiste creciendo a medida que los pueblos te acogían, te recibían como un hijo pródigo, como un pajarillo hambriento de cariño y de comprensión.

¿Qué había sucedido realmente? Como se había producido un triple empate, el jurado integrado por el avisado Alcalde y sus alegres compadres, creyeron.

obrar con justicia, al determinar una última prueba. La del Gallo. De un gallo no violado en el gallinero casi virgo y casi solterón, padre de polluelos desco-
nocidos, con estampa donjuanesca. Este castellano de noble estirpe, de piel curtida en mil combates y de macizo pescuezo, por decisión unánime del jurado, fue depositado en un hoyuelo. Permitiendo, sólo, exhibir su descuidada cresta y sus vivarachos ojos de anda-
luz desterrado. Por una mala maniobra los dos jine-
tes, se vinieron al duro suelo, entonces montañas y estribos volaron por el aire, escuchándose el eco de un golpe seco. Pero el desgarrado e insolente muchacho, pasó a gran velocidad, inclinándose un poco más que sus adversarios, y en un movimiento de acrobacia circense, cogió, apenas, con las puntas de los dedos al travieso y huidizo gallo. Cómo se reía a sus anchas recordando, esos pasajes de su vida. No era simplemente el mero hecho de triunfar. Estaba en juego su reputación de chalán, su virilidad de deportista, su amor propio. Cuentan que había ganado por dos años consecutivos la apuesta.

Siempre había un lecho limpio donde acostarse, - unos labios sedientos de amor que te esperaban. Aman-
te fugitivo, amante de medianoche, padre desconocido meteorito del amor, paladín de las causas perdidas, des-
cabelladas, quijotescas.

Los caminos no tienen fin, los caminos no fueron hechos por el hombre, ya existían antes de él.

----- 0 -----

DIRECTOR:

TORRES MAS, Carlos Alberto.

COLABORADORES:

ZUBIATE TORREJON, Nelly Isabel
TRIGOSO TORRES, Ella Paola
PIZARRO GAMBINI, Patricia
SANTILLAN OCAMPO, Narciso
TORRES ROJAS, César.

"KUELAP"

INFORMATIVO CULTURAL MENSUAL DEL
INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA
DEPARTAMENTAL AMAZONAS

CHACHAPOYAS - PERU

BOLETIN N° 52 - MARZO

Jirón Ortiz Arrieta N°592

Telf. N° 45.

DEPARTAMENTO
DE
AMAZONAS

